



---

## Peleaba poniendo los ojos en Cristo

---

[  Audio [SoundCloud](#) ]

[  Audio [G Drive](#) ]

Las tentaciones que los evangelistas narran que experimentó Jesús en el desierto sirven de soporte evangélico para la consideración del programa con el que Lucifer intenta atrapar a sus seguidores, en contraste con la suave invitación que el sumo y verdadero Capitán, Cristo nuestro Señor, formula a los hombres para que le sigan. Es la meditación de las Dos Banderas, los dos antitéticos grupos humanos de los que siguen a Lucifer y los que siguen a Jesús.

Santa Teresa es sensible a las tentaciones que el espíritu del mal hace sentir en la vida espiritual:

«Peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida» (Vida 8, 12).

En la primera Morada describe a las tentaciones como a las sabandijas, que discurren por allí intentando mordernos. Llega a decir que, al no ser nosotros ángeles, ella no se siente tranquila cuando a una persona no le viene ninguna tentación. No hay que buscar fuera las tentaciones, pues la peor la tenemos dentro de nosotros mismos. Los ardides y mañas del demonio:

«¡Oh, válgame Dios, hijas mías, qué de almas debe el demonio de haber hecho perder mucho por aquí! Que todo esto les parece humildad [...], y viene de no acabar de entendernos; tuerce el propio conocimiento, y si nunca salimos de nosotros mismos, no me espanto que esto y más se pueda temer. Por esto digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien, y allí aprenderemos la verdadera humildad [...] y ennoblecerse ha el entendimiento [...] y no hará (=no actuará) el propio conocimiento ratero y cobarde; que aunque ésta es la primera morada, es muy rica y de gran precio, que, si se escabulle de las sabandijas que hay en ella, no se quedará sin pasar adelante. Terribles son los ardides y mañas del demonio para que las almas no se conozcan ni entiendan sus caminos» (Moradas 1, 2, 11).

Hay tentaciones, no somos ángeles:

«No es posible ser aquí ángeles, que no es nuestra naturaleza. Es así que no me turba el alma cuando la veo con grandísimas tentaciones; que si hay amor y temor de nuestro Señor, ha de salir con mucha ganancia, ya lo sé; y si la veo (a un alma) andar siempre quieta y sin ninguna guerra —que he topado algunas—, aunque la vea no ofender al Señor, siempre me produce miedo, nunca acabo de asegurarme» (Meditaciones sobre los Cantares 2, 3).

Nos advertía la Santa que el enemigo está dentro:

«Encerradas aquí, con las condiciones que están dichas, ya parece que lo tenemos todo hecho y que no hay que pelear con nada. Oh hermanas mías, no os aseguréis, no os echéis a dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo a los ladrones, y se los deja en casa. Ya sabéis que no hay peor ladrón, pues quedamos nosotras mismas» (Camino de Perfección 10, 1).



Las tentaciones de Satanás, el príncipe del mal, están muy presentes en todos los escritos de Santa Teresa. Indica en particular que a veces se disimula como ángel de luz para atraer a su grupo o bandera:

«Es mucho menester no descuidarnos para entender sus ardidés y que no nos engañe, hecho ángel de luz; que hay una multitud de cosas con que nos puede hacer daño entrando poco a poco, y hasta haberle hecho no le entendemos» (Moradas 1, 2, 15).

A las tentaciones y atracciones del mal se contraponen la llamada de Jesús, el Rey Eterno, a formar parte de su bandera, de su grupo, siguiéndole por el camino por el que Él caminó, participando de la vida y de los sufrimientos que Él tuvo.

«Ya, hijas, habéis visto la gran empresa que pretendemos ganar; ¿qué tales habremos de ser para que en los ojos de Dios y del mundo no nos tengan por muy atrevidas? Está claro que hemos menester trabajar mucho, y ayuda mucho tener altos pensamientos para que nos esforcemos a que lo sean las obras; ¿Pensáis, hermanas, que es poco bien procurar este bien de darnos todas a El todo sin hacernos partes? Y pues en El están todos los bienes, como digo, alabémosle mucho, hermanas, que nos juntó aquí, adonde no se trata de otra cosa sino de esto» (Camino de Perfección 4, 7).

«[...] Deseo de padecer y de imitar al Señor [...]. Conozco personas que van por el camino del amor como han de ir, por sólo servir a Cristo crucificado, que no sólo no le piden gustos ni los desean, más le suplican que no se los dé en esta vida» (Moradas 4, 2, 9).

«¡Oh Señor mío y Misericordia mía y Bien mío! Y ¿qué mayor le quiero yo en esta vida que estar tan junto a Vos, que no haya división entre Vos y mí? Con esta compañía, ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por Vos, teniéndoos tan junto? ¿Qué hay que agradecerme, Señor? Que culparme, muy mucho por lo que no os sirvo. Y así os suplico con San Agustín, con toda determinación, que «me deis lo que mandareis, y mandadme lo que quisiereis»; no volveré las espaldas jamás, con vuestro favor y ayuda» (Conceptos del amor de Dios, 4, 9)

Dice Santa Teresa expresamente al orante:

«No os pido más que le miréis. Si estáis alegres, miradle resucitado [...]. Si estáis con trabajos o tristes, miradle camino del huerto [...] o miradle atado a la columna, lleno de dolores [...]. O miradle camino de la cruz [...]. Miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas y olvidará sus dolores para consolar los vuestros, sólo porque os vayáis vos con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle [...]. ¡Oh Señor del mundo, verdadero Esposo mío!, ¿tan necesitado estáis, Señor mío y Bien mío, que queréis admitir una pobre compañía como la mía, y veo en vuestro semblante que os habéis consolado conmigo?» (Camino de Perfección 26, 4-6).



***Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!***